

Lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

● Petróleo y guerra económica

● Lutte Ouvrière y el Secretariado Unificado

mensual
trotskista

editado por

**Lutte
ouvrière**

Agosto/1979

No

66

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria



THE SPARK

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 140 FF (\$ 33)

Otros países 170 FF (\$40)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Sies meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

*Escribir a : The Spark,
Box 1047 DETROIT MI 48231 USA*



Hebdomadaire communiste révolutionnaire (trotskista)

Pour la construction
d'un parti ouvrier
révolutionnaire en
Martinique et en
Guadeloupe.
Pour l'émancipation
des peuples des
Martinique et de
Guadeloupe
Pour la reconstruc -
tion de la révolution
internationale.

ANTILLAS

Semanaatio trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año : 100 FF

Seis meses : 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac - CCP 32566 71 La Source

Correspondencia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214 - 97110 Pointe-à-Pitre - Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier - BP 80 93302 Aubervilliers



le pouvoir
aux
travailleurs
mensuel trotskiste

UNION AFRICAIN DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONALISME

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por : UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

Página 2 Petróleo y guerra económica

Página 13 Lutte Ouvrière y el Secretariado Unificado

NÚMERO 66

PETRÓLEO Y GUERRA ECONÓMICA

En el transcurso de las últimas semanas, se asoció el nombre de Tokio a dos acontecimientos relacionados con la reacción de las grandes potencias imperialistas ante la crisis económica.

El más reciente de entre ellos ha sido la reunión, en la capital japonesa, de los dirigentes de las siete principales potencias imperialistas. Según dicen, se dedicó esa cumbre al problema de la energía, y al haber ésta tenido lugar inmediatamente después de la decisión de la Organización de los países exportadores de petróleo (OPEP) de aumentar las tarifas oficiales del petróleo bruto, la reunión de Tokio ha constituido el principal tema de los titulares de la gran prensa. Se presentó la reunión como una ilustración de la voluntad de las potencias occidentales de reaccionar juntas ante el alza del precio del petróleo, alza presentada, claro está, por la mayoría de los comentaristas como la gran responsable de los males presentes y futuros de la economía mundial. La reunión de Tokio ha brindado incluso a la prensa francesa la posibilidad de hacer alarde de chauvinismo, al afirmar que en esta reunión en la cumbre, Estados Unidos y Japón acabaron por alinearse más o menos sobre las posiciones de los países

europeos, y por consentir a limitar en los próximos años sus importaciones de petróleo; postura común europea —añaden sin ironía— que habían obtenido anteriormente los esfuerzos de Francia, contra Alemanes y Británicos reticentes. He ahí pues a Giscard lanzado al centro de un acontecimiento que, aunque presentado como espectacular, no sirve sin embargo para gran cosa, como no sea para dar un crédito «internacional» al chantaje de la penuria de petróleo, que cada una de las grandes potencias ejerce ya de todas formas en su propio suelo.

Algunas semanas antes, se terminaban las negociaciones comerciales llamadas del «Tokio Round», que teóricamente ponían en presencia cerca de un centenar de países, pero prácticamente siempre las mismas grandes potencias imperialistas, para intentar facilitar el comercio internacional mediante una disminución de las barreras proteccionistas. La firma del acuerdo que de ellas resultó se realizó mucho más discretamente. Sin embargo, coronaba no menos de seis años de negociaciones. Pero esas negociaciones, iniciadas en la euforia de la explosión económica de 1973, se terminaban trás cinco años de crisis. Si al término de esos años de negocia-

nes no había de que alardear, la culpa no la tienen los diplomáticos. El comercio mundial que, incluso en período de prosperidad, opone entre sí a países capitalistas que sólo aceptan bajar un poco su guardia a condición de estar convencidos que tienen interés en que como contrapartida el adversario haga lo mismo, ha tomado en este período de crisis, y según la desalentadora expresión del periódico pro-patronal *Les Echos*, «el aspecto de una verdadera guerra económica que a veces amenaza con degenerar en guerra a secas». En esas condiciones, las negociaciones comerciales no ofrecían una imagen armoniosa e idílica de las relaciones entre Estados capitalistas, sino más bien la de adversarios encarnizados, que saben que si necesitan fijarse algunas reglas del juego, sólo es para combatirse, puesto que en la crisis, los unos sólo podrán salvarse en detrimento de los demás.

La nueva «crisis de la energía» ha intervenido cuando ya comenzaba un nuevo sobresalto de la crisis económica, ilustrado por una aceleración de la inflación, e incluso en países que, como Alemania o Suiza, parecían hasta ahora algo más al abrigo; ilustrado también por una nueva disminución de la producción incluso en los dos principales países, Estados Unidos y Japón, que desde 1976-1977 en medio de la desaceleración general se sacaban del apuro.

Pese a todo, la falaz campaña que rinde la «crisis del petróleo» responsable de la crisis a secas se prosigue. Incluso si es manifiesto, como lo escribe todavía el periódico *Les Echos* —a veces más franco que sus colegas de gran tiraje— que «*Cualquiera que sea la importancia de la subida brutal de los precios de los hidrocarburos en la agravación de la*

crisis mundial, esta última tiene otros orígenes y la alza general del coste de la vida desde hace quince años ha precedido ampliamente las dos crisis petroleras de 1973 y 1979. El mal del que sufren nuestras economías tiene otras raíces...»

La crisis del petróleo es un aspecto de la crisis de la economía capitalista, pero sólo un aspecto y entre otros. Es la consecuencia, en cierta medida de la crisis de la economía capitalista —consecuencia de todas maneras de la inflación generalizada y rápida en el conjunto de la economía capitalista. Y constituye, al mismo tiempo, un aspecto significativo, no a causa del Juego de los países productores que sólo interesa la prensa interesada, sino por el juego de los grandes trusts del petróleo.

Además, en la guerra económica que opone a las potencias capitalistas, el petróleo, su precio, constituye un arma. Pese a la apariencia de unanimidad de Tokio, los Estados Unidos y los países de Europa por ejemplo —e incluso además los diferentes países de Europa— no adoptan en absoluto la misma política en materia de petróleo, pues la subida del precio de éste no acarrea las mismas consecuencias para los unos y los otros.

Por eso, si el petróleo no es la causa de la guerra económica entre capitalistas, seguramente sí constituye uno de sus enjuegos.

INFLACIÓN Y PRECIO DEL PETRÓLEO

La crisis del petróleo de 1979 es, por muchos de sus aspectos, la repetición de la de 1973, a la vez por los embustes con que se sirve a la opinión pública a guisa de explicación, pero también, en amplia medida, por sus verdaderas razones.

En lo que se refiere a la superchería, ahí está de nuevo la penuria organizada del petróleo, particularmente en los Estados Unidos, así como la tentativa de crear una sicción de penuria un poco en todas partes del mundo. Si son algo más discretos que en 1973 sobre el argumento de la penuria natural, son en cambio tan elocuentes como entonces sobre la responsabilidad de los países productores tanto en la limitación de la producción como en el aumento de los precios. Por la misma ocasión, la subida del precio del petróleo se convierte en el responsable de las subidas de los precios en general.

Explicación doblemente falsa.

Primero porque en materia de subida del precio del petróleo, los Estados productores se contentan con seguir —y generalmente con mucho retraso— un movimiento que se decide sin ellos, y cuyos motores son las compañías petroleras. Segundo, porque de todos modos, la subida del precio del petróleo es tanto la consecuencia de la inflación mundial como uno de los aspectos de esta última.

En el transcurso de este año, los Estados productores han procedido efectivamente a varias alzas sucesivas de sus tarifas de base. Pero si la última de estas alzas —más del 20 % una sola vez— ha tomado un aspecto espectacular, es porque durante varios años, las tarifas de los Estados productores se mantuvieron prácticamente inmóviles.

Entre 1974 y 1978, en un mundo en inflación, las deducciones de los Estados productores han sido prácticamente lo único que no ha aumentado, o casi nada. Incluso después de un período de baja de precios en 1975, el precio de base del petróleo de referencia —ya que hay en realidad una multitud de tarifas, según la

calidad del producto, el alejamiento, los Estados, pero el precio de base da una indicación— sólo ha aumentado en cerca de cinco años de algo más del 6 %. Mientras que durante el mismo tiempo, las monedas de la mayoría de los países imperialistas —particularmente el dólar, moneda con la que pagan a los países productores— perdían su valor a un ritmo del 10 %. En otros términos, los países productores al ser así pagados, obtenían cada vez menos productos manufacturados en cambio del petróleo suministrado. Según un estudio del Banco Morgan, publicado en el semanario *Le Nouvel Economiste*, el conjunto de las alzas corresponde aproximadamente a una recuperación del retraso tomado esos cinco años. Con esta excepción, que el retraso de esos años es una pérdida definitiva.

Entonces, desde el punto de vista de los Estados productores, este período de cinco años que nos separa de la precedente crisis, ha sido un período de estabilidad de los precios absolutos, y un período de retroceso importante tanto de los precios en valor real, como de las rentas de los países productores. En términos lapidarios : un período de transferencia de riquezas en detrimento de países, productores de petróleo y consumidores de productos manufacturados, en provecho de otros países, consumidores de petróleo y productores de productos manufacturados, es decir en provecho de los países imperialistas.

Pero incluso durante este período de «paz petrolera» por parte de los países productores, la paz de los precios era nula en los países consumidores. Durante todo este período, los precios al consumo aumentaron incesantemente, a ritmos muy variables según los países, pero en algunos de esos países, particular-

mente en Francia, a un ritmo incluso superior a la inflación. (La gasolina tipo «Super» ha aumentado en Francia del 68,6 % desde 1974.)

Es tanto como decir que si los Estados productores han deducido su diezmo durante las subidas de precios de la precedente crisis petrolera de 1973, los beneficiarios exclusivos de la operación son, desde entonces, los dos intermediarios entre productores y consumidores : los trusts petroleros y los Estados de los países imperialistas consumidores. Ellos solos se han metido en los bolsillos el incremento considerable de la diferencia entre precios a la producción, incluida la deducción de los Estados productores, y los precios de los diversos productos petroleros al consumo.

Los Estados de los países consumidores proceden a esas deducciones en virtud únicamente de sus derechos de regalía, ya que no desempeñan ningún papel ni en la producción, ni en la distribución, ni en la más mínima transformación de los productos petroleros. Pero en este período de crisis, la tarificación del petróleo se ha convertido para todos los Estados capitalistas —y además, más particularmente los Estados de los países imperialistas de segunda zona, como Francia, en donde es determinante el papel de puntal que desempeña el Estado acerca de los capitalistas— en un medio privilegiado de despojar a la población, a fin de obtener los fondos necesarios para ayudar a sus capitalistas en dificultad.

Los trusts petroleros proceden a ello en virtud del monopolio casi absoluto que ejercen sobre la producción, el transporte y la distribución del petróleo. Ya que, pese a los cambios que intervinieron en el sector petrolero en el transcurso de los diez últimos años, e incluso si

a causa de las nacionalizaciones, del mayor papel que desempeñan los Estados de los países productores que tratan a veces directamente de Estado a Estado con los países consumidores, los siete «majors» del petróleo ya no son los únicos actores de la guerra del petróleo, su papel sigue siendo determinante.

Incluso hoy, los siete mayores trusts del mundo, reagrupados en cartel, controlan directamente el 60 % de la producción del mundo occidental, y alrededor del 50 % del transporte y de la distribución. Y como para el resto, existen cierto número de otros grandes trusts que, aunque se llamen independientes, no están menos en connivencia con el cartel de los «majors» en muchas cosas ; y como los «majors» controlan indirectamente una gran parte del petróleo nacionalizado al controlar a los Estados que lo producen, es tanto como decir que el dominio de los trusts sobre el aprovisionamiento petrolero del mundo no ha sufrido merma, y que nada importante se hace sin su consentimiento, y, claro está en su detrimento.

Las grandes compañías tienen motivos de sobra para estar satisfechas de este período que separa las dos crisis del petróleo. Al conjugar una política de relativa restricción del suministro de petróleo —aunque es en ese terreno que su operación de 1973 ha acarreado el menor efecto, ya volveremos sobre ello— con una política de aumento importante de los precios al consumo, han convertido estos años de marasmo económico, en un período particularmente fasto para sus beneficios. Exponen además sus beneficios oficiales —¿quién conoce su provecho real ?— con un manifiesto cinismo, haciendo malabares con cifras que chocan en medio del estancamiento general.

Provechos en alza de las principales compañías petroleras entre el primer trimestre de 1978 y el primer trimestre de 1979 tal como lo expone *Les Echos* : Exxon (+ 37,4 %), Standard Oil California (+ 42,8 %), Gulf (+ 60,6 %), Texaco (+ 80,6 %), Mobil (+ 81 %) y British Petroleum (+ 229,4 %). Discreción propia a los círculos de negocios franceses obliga, no se conocen las cifras de la CFP y de Elf Aquitaine...

Aseguradas por esos resultados, las grandes compañías se libran, este año, a una operación, cuyas razones, así como sus objetivos, se aproximan bastante de la operación de 1973.

LA NUEVA OPERACIÓN PETROLERA

Poco importa saber si el nuevo «pánico de penuria» que marca los Estados Unidos, ha sido inspirado directamente por los trusts del petróleo, o si estos últimos han aprovechado sencillamente de que la administración norteamericana, deseosa de convencer a la población de la necesidad de las centrales nucleares después de lo que ha ocurrido en Harrisburg, haya suscitado ella misma el pánico al aprovisionamiento de petróleo. Además, las dos hipótesis no son necesariamente contradictorias, tan verdad es que los trusts del petróleo ocupan posiciones igualmente fuertes en el uranio y, mediante bancos interpuestos, en la misma construcción nuclear.

Lo que es cierto, es que tienen interés en esta penuria. Y lo que también es cierto es que todos han empezado por anunciar restricciones, incluso antes de que los países productores reunidos en Ginebra decidieran limitar su producción. (Decisión que, además, la OPEP ni siquiera tomó, como no haya sido

bajo formas tan vagas que al término de la conferencia de Ginebra, Arabia Saudita anunciaba el aumento de la producción.)

Como lo constataba *Le Monde* en su número del 16 de febrero —anterior pues al nuevo pánico de penuria— las compañías petroleras tienen «una curiosa actitud. Mientras que la reducción de los aprovisionamientos mundiales» —a causa de los acontecimientos de Irán, cuya producción sin embargo se compensó desde entonces— «alcanza apenas el 4 %, los «majors» anuncian reducciones de suministro del 10 % por parte de Exxon, del 15 % por la de Shell, del 45 % por la de B.P.»

El anuncio de esta restricción de suministro, seguida por medidas de racionamiento tomadas por un cierto número de Estados de los USA, han acelerado las especulaciones en los mercados que se dicen libres del petróleo, en Róterdam o en otras partes, donde se cambia esta parte —menor, además, en cantidad— del petróleo que no se encauza por los canales integrados de las grandes compañías, y que no se suministra tampoco en el marco de contratos a precio fijo de Estado a Estado. Los grandes petroleros participan, además, directamente a la carrera desenfrenada de la especulación que ha visto dispararse los precios a los cuales se cambiaba el petróleo en el mercado libre.

¿Qué objetivo tienen las compañías, al restringir sus suministros y al incitar a alzas más fuertes aún que aquéllas ya importantes del precedente período ?

Aparentemente, las compañías tienen por una parte objetivos que son puramente internos a Estados Unidos (lo que quizás explica la forma especialmente virulenta del pánico de la penuria entretenida allí.) En efecto, los trusts extraen petróleo también

del suelo norteamericano —además, con un gran número de pequeños productores— pero han aprovechado menos de ese petróleo que de lo que recuperan en el Oriente Medio, en Venezuela o en otras partes. Una de las causas más importantes de ello es, paradojicamente, una ley que, a sus orígenes, estaba destinada a proteger mediante medidas estatales los provechos petroleros. El gobierno norteamericano había fijado autoritariamente, hace ya mucho tiempo, los precios del petróleo a la producción en los USA, precisamente para impedir que baje demasiado ante las importaciones de petróleo a un coste netamente inferior. Sin embargo, con los aumentos de los precios mundiales del petróleo en 1973-74, los precios interiores de Estados Unidos se quedaron atrás, convirtiendo su extracción menos interesante. Es una situación que en cierta medida interesaba el Estado norteamericano, pues permitía guardar intactas reservas susceptibles de convertirse en preciosas en el futuro, pero hay que creer que interesa mucho menos a las compañías petroleras, que reivindican la liberación de los precios interiores. Además, los portavoces de los trusts, con un verdadero cinismo, relacionan la penuria artificial a sus reivindicaciones. Según el relato de *Le Monde* del 28 de junio, el presidente del Instituto Americano del petróleo ha declarado que «no le faltaría actualmente al mundo petróleo si Estados Unidos hubieran decidido, a partir de 1974 aumentar su propio precio del bruto». «Esta decisión se habría» —añade— «traducido por un aumento de la producción de 1,5 millones de barriles por día, y una reducción de 0,5 millón de barril por día de consumo, lo que sería suficiente para colmar el déficit actual de 2 millones de barriles-día en los apro-

visionamientos mundiales.» La reducción de consumo es, en el espíritu de dicho personaje, evidentemente, el resultado forzado de una subida importante del precio al consumo.

Los grandes trusts del petróleo aparentemente no tenían que hacer mucha presión sobre el gobierno Carter para que éste salga al paso de sus deseos. Una de las medidas esenciales del «plan de energía» que el presidente norteamericano presentó a principios de abril preveía precisamente la liberación progresiva de los precios del petróleo norteamericano lo que, según las estimaciones, debía traducirse por una triplicación de las tarifas y por nuevos ingresos del orden de veinte mil millones de dólares para las compañías petroleras.

Para ello era necesario convencer de la necesidad de esas medidas a una opinión pública norteamericana, muy reticente se comprende, y que sabe hacerse oír sobre ese tipo de problemas; y convencer también al Congreso que, en cuanto a él, es reticente a causa de las reticencias de la opinión pública.

La campaña a la penuria puede constituir, por parte de los trusts, una ayuda muy interesada a la política energética de Carter. (A no ser que esta campaña se vuelva y en contra de los unos y en contra de los otros, tan parecen estar al borde de la ira los consumidores norteamericanos por toda esta historia que antes de traducirse por subidas de precios quizás importantes, ya se traduce por los inconvenientes del racionamiento, de las colas interminables ante las gasolineras, etc.)

Pero la política actual de las compañías petroleras se sitúa, más generalmente, en el marco de una estrategia mundial que sigue siendo esencialmente la misma que aquella,

cuya primera ilustración espectacular fue la primera gran crisis del petróleo en 1973.

Desde entonces, los grandes trusts del petróleo pretenden poner fin a este período de expansión desenfrenada de la producción y del consumo de petróleo, que había sido la constante de su estrategia mundial durante el período anterior ; período durante el cual, al dejar progresivamente en segundo plano las demás fuentes de energía mediante el petróleo, tomaron en mano lo esencial del suministro energético. Ahora que es un hecho ; que para hacer frente a una demanda de petróleo cada vez mayor, sería necesario proceder a inversiones mucho más considerables para explotar yacimientos de acceso mucho más difícil que los de Oriente Medio ; y que también serían necesarias otras inversiones para incrementar las infraestructuras de transporte y de distribución, los grandes trusts prefieren abstenerse y promover una política malthusiana. Es decir aumentar los precios sin aumentar las cantidades producidas, deducir de antemano sobre los consumidores las sumas necesarias a las inversiones indispensables en el petróleo, así como para financiar la readaptación de esos trusts hacia otras formas de energía, iniciada a principios de los años setenta.

En el plano de los aumentos de precios —y por lo tanto de los beneficios— la operación de 1973 (y las de después) ha sido pues un éxito. Aunque, lo que ocurre en Estados Unidos pruebe que los «majors» son insaciables.

Sin embargo, en el plano de las cantidades producidas, los resultados son sin duda menos satisfactorios para las grandes compañías. Después de haberse quedado estacionaria durante algunos años, la demanda mundial de petróleo ha au-

mentado de nuevo. Si el marasmo económico ha limitado la demanda de los países más afectados, particularmente de los países europeos, la reacceleración temporal del incremento de la producción en Estados Unidos se ha traducido por una nueva demanda. Por si fuera poco, las energías de substitución que debían cubrir la diferencia y en las cuales los trusts del petróleo habían ocupado fuertes posiciones, no han sido capaces de hacer frente a esta demanda. Las unas, como la pizarra bituminosa por ejemplo, por falta de rentabilidad, incluso al precio elevado del petróleo hoy, según los especialistas, las otras, como el nuclear, en parte por las mismas razones y además a causa de los problemas planteados por los movimientos de opinión hostiles que suscitan por su falta de fiabilidad. Sin hablar de que si durante el período anterior se necesitaron muchos años para que el aparato productivo se adaptara del carbón al fuel-oil, se necesitará mucho tiempo para abandonar parcialmente el fuel-oil en provecho, además, de no se sabe demasiado qué. Excepto esto, la readaptación a la que los trusts del petróleo invitaron las empresas en todas las partes del mundo durante el período precedente, se apoyaba por un lado en el hecho de que el petróleo costaba menos que el carbón, y además, la readaptación tenía lugar en un período de crecimiento de la economía capitalista. Hoy, es lo contrario, en ambos casos.

Las dificultades y los problemas no convueven además aquellos de los trusts petroleros que quieren, aparentemente alcanzar sus objetivos.

Vuelven pues a empezar, tanto en lo que respecta a las subidas de precios como a la limitación de las cantidades producidas.

Los Estados productores les sirven de confortable coartada y de víctimas propiciatorias ante la opinión pública.

LA LEY DE LA SELVA

Ante este nuevo acceso de crisis, a los Estados europeos no les faltan motivos para perder la cabeza.

Hay sin duda en este azaramiento una parte de exageración voluntaria, al menos en la parte que destinan a las clases laboriosas. El alza mundial del petróleo los Estados la repercuten, y particularmente el Estado francés, de manera exagerada en los precios de los productos de gran consumo, la gasolina o el fuel particularmente. Es una regla general de la selva capitalista : cada cual intenta defender sus posiciones en caso de agravación en detrimento de los más débiles o de los que consideran como tales. Si los trabajadores lo permiten, los capitalistas en Francia intentarán hacer frente a sus mayores dificultades, en detrimento de los trabajadores. Si el abastecimiento de petróleo se vuelve más difícil y más caro, los capitalistas y su Estado aumentarán los precios al consumo tanto para procurarse mayores ingresos para el Estado, como también para frenar el consumo de petróleo de los más desprovistos (economicamente débiles). El racionamiento mediante el dinero también es un racionamiento, pero más injusto e hipócrita que los demás.

Si, en la crisis del petróleo como en la crisis a secas, los capitalistas intentan hacer soportar el peso de la agravación de la situación a las clases explotadas, los Estados más potentes intentan de otra manera hacer lo mismo con los Estados que lo son menos.

Es así sobretodo en las relaciones entre el conjunto de los Estados

imperialistas y los países subdesarrollados no productores de petróleo. Estos últimos son, con mucho, las principales víctimas de la política petrolera de las grandes compañías.

Y en amplia medida ocurre lo mismo en las relaciones entre potencias imperialistas.

La subida del precio del petróleo evidentemente sólo es uno de los factores que han pesado en las economías de los diferentes países y en sus relaciones respectivas. En la competencia más virulenta desde el principio de la crisis, cada burguesía ha utilizado medios que pensaba poder convertir en triunfos contra sus competidores. Estados Unidos, por ejemplo, no se han privado de utilizar a su provecho el hecho de que su moneda, el dólar, es el principal medio internacional de pagos. Japón, por su parte, ha utilizado sus estructuras heredadas en parte de un pasado feudal y militarista para mantener salarios bajos, y dar competitividad a su burguesía en detrimento de su clase obrera.

Pero la subida del precio del petróleo y el principio de la limitación de su producción también es un factor importante en la guerra económica entre potencias capitalistas. Esta subida no sólo se repercute en toda la actividad económica, sino se repercute también diferentemente según el papel que el petróleo desempeña en la economía del país, según los recursos internos de cada uno, y según sus capacidades financieras para comprar en el exterior, etc.

En particular, las potencias capitalistas de Europa han soportado mucho más difficilmente las consecuencias de la ola de alzas de 1973 y las de después que Estados Unidos. (Más difficilmente también, pero por otras razones, que Japón.)

Además, existen también diferencias en ese plano entre países de Europa, particularmente entre los que más exportan y los que menos.

Las burguesías europeas encajaron más aún difícilmente el golpe de las subidas del precio del petróleo cuando durante años habían fundado su prosperidad en la energía barata del petróleo de Oriente Medio. Durante mucho tiempo la legislación proteccionista de Estados Unidos ha hecho que los capitalistas de Europa paguen su petróleo más barato que sus competidores del otro lado del Atlántico. La ventaja que de ello resultaba para los precios de coste era uno de los factores de la agresividad comercial de las burguesías europeas en el mercado mundial, incluso contra la burguesía norteamericana.

Esta época desde ahora está caduca además, no sólo a causa del precio del petróleo.

Por la fuerza de las cosas, son los países europeos los que han debido inclinarse ante la voluntad malthusiana de los trusts del petróleo. Mucho en valor absoluto, pero aún mucho más comparativamente con Estados Unidos !

Francia, por ejemplo, ha reducido sus importaciones de petróleo de más del 10 % en volumen desde la crisis de 1973. Durante el mismo tiempo, Estados Unidos han aumentado sus importaciones de más del 70 %.

Si Estados Unidos se han permitido este lujo en período de crisis es porque, por un lado han conocido, pese a la crisis, y como además Japón, intensidades de gran desarrollo de la actividad económica mientras que la mayoría de las burguesías europeas atravesaban grandes dificultades. Pero es también, y ambas razones están relacionadas, porque Estados Unidos es el único

país del mundo que, para pagar el alza del coste de sus importaciones de petróleo, no está obligado a aumentar proporcionalmente sus exportaciones para procurarse divisas, puesto que la divisa que les sirve para pagar el petróleo es su propia moneda nacional.

A las demás potencias imperialistas sólo les quedaba reír sin ganas ante la aceleración del funcionamiento de las rotativas de emisión de moneda norteamericana —que acelera al mismo tiempo la inflación mundial— que permitía a los Estados Unidos pagarse un incremento de petróleo del cual éstas estaban privadas.

Así pues, si los trusts del petróleo se preparan a acentuar su malthusianismo energético, esto significa necesariamente que el incremento del consumo de los Estados Unidos limita la parte de los demás. Y las emisiones de dólares para financiar este incremento alimentarán todavía más la inflación mundial, y contribuirán pues a desvalorizar todas las monedas, incluso las de las demás potencias imperialistas.

Se comprende porque, en la cumbre de Tokio, la gran preocupación de los países europeos, y de Francia en particular, era la de obtener de Estados Unidos la promesa de consentir que soportarán al menos un poquito las consecuencias del malthusianismo de los grandes trusts del petróleo, y que no aumentarán aún sus importaciones de petróleo.

El gran éxito diplomático de Francia en Tokio habrá sido el de arrancar esta promesa a Carter. Lo que además no costaba demasiado a los norteamericanos.

Primero porque una promesa sólo es una promesa y siempre se tiene el tiempo de ver si hay lugar para darle curso o no. Y en la afirmativa, será

además y sobretodo en razón de la recesión que de nuevo se profila en Estados Unidos, implicando un frenaje del consumo de petróleo, y también en razón de la promesa hecha a los grandes trusts del petróleo de reactivar la producción interior de los Estados Unidos.

Luego, porque el anuncio de la voluntad unánime de las grandes potencias imperialistas de limitar sus importaciones y de acordarse para armonizar su política petrolera podía también constituir una advertencia útil a los países productores que estuviesen tentados de aprovechar las brechas abiertas por las grandes compañías y la competencia entre países consumidores para aumentar sus propias tarifas más allá de lo que los Estados Unidos mismos están dispuestos a tolerar.

LA COMPETENCIA EN EL MERCADO MUNDIAL

Se comprende también porque, de entre todas las potencias imperialistas, son las potencias europeas las que manifiestan con más virulencia contra el proteccionismo. (Lo que no les impide sin embargo, como el que no quiere la cosa, inventar todo lo posible para proteger sus respectivas economías contra las demás. Lo que el ministro francés de la industria, Giraud formuló elegantemente en una reciente entrevista, al afirmar que no hay que ser más ingenuos que los otros —«y no lo somos»— pero que tampoco hay que «hacerse los tunos» pues Francia no puede soportar eventuales represalias proteccionistas.)

En eso también, el petróleo sólo es un aspecto del problema. Pero la burguesía francesa, si no quiere sufrir una reducción draconiana de su producción, y en consecuencia de

sus provechos, debe seguir exportando cueste lo que cueste. Gran parte de las necesidades energéticas no se destina a satisfacer las necesidades de la población, ni siquiera lo superfluo, sino a producir para reunir provecho en el mercado mundial. Es una especie de espiral infernal: para producir provecho, los capitalistas luchan entre sí para conquistar mercados exteriores —tanto para los automóviles Renault como para los aviones Dassault, o para el armamento, artículos de predilección de la exportación francesa— pero para producir más con el fin de satisfacer esos mercados, se necesita más energía, más materias primas, etc. y particularmente petróleo, cada vez más caro, y sobretodo importado necesariamente, pagado pues en divisas.

Un país como Alemania por ejemplo, cuya burguesía se ve impulsada por las mismas necesidades, tiene al menos sobre la Francia capitalista la ventaja de disponer de una moneda fuerte, cuyo cambio mejora sin cesar en relación al dólar. Se ve, pues, menos apurada por alzas de precios en dólares. En cierta medida, la burguesía japonesa posee el mismo triunfo con respecto a sus competidores de los países imperialistas, sin hablar de la competitividad de su producción, obtenida en gran medida sobre las espaldas de su clase obrera. Japón o Alemania han logrado más o menos hasta ahora superar los inconvenientes de las alzas petroleras, y se encuentran menos abatidos por el nuevo salto de los precios. Son sobretodo las dificultades de suministro las que parecen querer evitar.

Pero el resto de las burguesías europeas, y particularmente la burguesía francesa, es mucho más temerosa. Aunque Alemania se salió de apuro, la situación de todos los

países del Mercado Común en el comercio mundial, tras diez años de progresión, empezó a retroceder bruscamente a partir de 1973.

Según una reciente publicación de *La Documentation Française*, entre 1973 y 1977, la parte de los nueve países del Mercado Común en las exportaciones mundiales disminuyó del 36,6 % al 33,8 %. La parte de los Estados Unidos retrocedió igualmente pero eso no tiene en absoluto la misma gravedad para la burguesía norteamericana que dispone de un inmenso mercado interior, mientras que las burguesías europeas tienen una necesidad vital de penetrar en otros mercados dada la exigüedad de los suyos. Por otra parte, son con frecuencia los trusts norteamericanos o japoneses los que han aprovechado del incremento de las exportaciones de algunos países subdesarrollados, tales como Corea del Sur, Formosa o Singapur.

Por eso, los países de Europa, directamente o mediante organismos comunitarios interpuestos, están en trance de convertirse en los elementos básicos de las negociaciones comerciales de toda especie, de todos los «Round», de Tokio o de otras partes, afín de intentar obtener mediante la negociación lo que la correlación de fuerzas no les proporciona : algo más de apertura en otros mercados, sin abrir demasiado los suyos. Y de ahí las advertencias periódicas de la comisión de Bruselas, acompañadas de estériles amenazas contra un Japón decididamente demasiado competitivo ; de ahí las interminables negociaciones en

donde se discute durante años —como durante el Tokio Round— las concesiones, por ejemplo, que los países europeos están dispuestos a consentir sobre los derechos que conciernen el papel Kraft y los componentes electrónicos en cambio de una moderación de la actitud norteamericana con respecto a los productos alimenticios franceses. Y en el momento en que rubrican los acuerdos y reducen los aranceles, es evidente que las fluctuaciones del dólar aniquilan o poco falta, el resultado de todos esos laboriosos esfuerzos, tan verdad es que actualmente, de todas formas, ya no son tanto los aranceles de aduana los que constituyen la mejor barrera proteccionista, como las variaciones monetarias.

Entonces, pese a los encuentros periódicos en la cumbre, pese a las cantidades de acuerdos rubricados cuya misma cantidad prueba la ineeficacia, pese a las declaraciones en favor del libre cambio y del buen entendimiento entre Estados, las relaciones entre Estados capitalistas están lejos de ser idílicas.

Hace cerca de medio siglo, durante otra crisis generalizada de la economía capitalista, Trotski, para definir las relaciones entre Estados capitalistas hablaba de «criminales encadenados a la misma cadena». Hoy no existe expresión más justa. Ferozmente competidores entre sí, las burguesías están encadenadas a un mismo mercado capitalista, cuyo hundimiento amenaza con enterrarlas todas.



The Tokyo summit. Were the heads of state drinking to the economic war they wage today before a genuine war comes?

La cumbre de Tokio. ¿Están bebiendo los jefes de Estado a la guerra económica que se hacen hoy, esperando una guerra a secas ?



Arlette Laguiller of Lutte Ouvrière and Alain Krivine of the Ligue Communiste Révolutionnaire during the meeting organized by the joint slate «For the Socialist United States of Europe» at Lutte Ouvrière's fête.

Arlette Laguiller de Lutte Ouvrière y Alain Krivine de la Ligue Communiste Révolutionnaire durante el mitin organizado por la lista común «Por los Estados Unidos Socialistas de Europa», durante la fiesta de Lutte Ouvrière.

LUTTE OUVRIERE Y EL SECRETARIADO UNIFICADO

El hecho que nosotros Lutte Ouvrière, hayamos presentado con la Ligue Communiste Révolutionnaire una lista común durante las elecciones europeas, ha inducido a varios comentadores a ver un curso nuevo en las relaciones entre nuestras dos organizaciones, capaz de desembocar en su unificación a corto plazo. Esta visión periodística de las cosas no es desde luego sorprendente, pero se funda sobre nada.

Hemos concluido con los camaradas de la LCR un acuerdo práctico para presentar una lista común en estas elecciones, porque existía un acuerdo político sobre lo que debía ser la campaña de los revolucionarios en estas circunstancias. Y el hecho que hayamos optado llevar esta campaña conjuntamente con la LCR, incluso si soportamos la mayor parte de sus cargas financieras, sólo era la aplicación, en este caso preciso, de la regla que siempre ha conducido nuestras relaciones con las demás corrientes del movimiento trotskista, y que consiste en esforzarse a hacer juntos todo lo que, sobre la base de un acuerdo político, puede hacerse juntos.

No es por supuesto la primera vez que llevamos a cabo acciones comunes con los camaradas de la LCR y sin duda no será la última. Pero para nosotros, el problema de

nuestras relaciones con la LCR se plantea fundamentalmente en los mismos términos, después de esta campaña común, que se planteaba hace seis meses... o seis años.

LAS RAZONES DE NUESTRA INDEPENDENCIA ORGANIZACIONAL

El problema de la unificación en el seno de una misma organización de las diferentes tendencias que constituyen el movimiento trotskista es por cierto un problema muy real. Nadie puede considerar como satisfactoria la situación actual, marcada por la dispersión del movimiento trotskista, tanto a escala francesa como a escala internacional. Y el hecho que esta situación exista desde hace decenas de años no cambia nada al asunto.

Tenemos con los camaradas de la LCR (como con los de las otras tendencias del movimiento trotskista) muchas cosas en común. Nos reclamamos de la misma tradición marxista revolucionaria, del bolchevismo, de los primeros años de la Internacional Comunista, de la lucha de la Oposición de Izquierda Internacional, de la Cuarta Internacional y de su programa de fundación, el Programa de Transición, de un mismo análisis de la degeneración de la

URSS. Pero también numerosas divergencias políticas nos separan, incluso divergencias fundamentales.

Sin embargo, no es simplemente porque tenemos con estos camaradas numerosas divergencias políticas, que no militamos en la misma organización. El partido revolucionario que queremos construir no será un partido monológico, sino al contrario un partido democrático, en cuyo seno, ideas, opiniones diferentes se enfrentarán libremente, y en donde divergencias tan importantes como las que tenemos con la LCR sobre la naturaleza de las Democracias Populares o sobre la actitud de los revolucionarios frente al feminismo, podrán coexistir.

Si nosotros, Lutte Ouvrière, existimos separadamente, es porque también nos separan de la sección francesa del Secretariado Unificado divergencias que conciernen a la vez la actividad diaria y la manera con la cual consideramos, los unos y los otros, los caminos que pueden conducir a la construcción de un partido obrero revolucionario. Estas divergencias nos separan también de la OCI y de las demás tendencias del movimiento trotskista francés, y es lógico, puesto que todos estos grupos tienen un pasado común y tradiciones comunes, proveniendo todos de la antigua sección francesa del Secretariado Internacional que se intitulaba un tanto pomposamente «Partido Comunista Internacionalista». Y son estas divergencias de metodología organizacional que hacen que tengamos una existencia autónoma, porque no es por supuesto posible aplicar paralelamente dos métodos fundamentalmente diferentes en una misma organización, que funcionaría según los principios del centralismo democrático.

El movimiento trotskista nació y se desarrolló prácticamente al ex-

terior del movimiento obrero, reclutando especialmente en la pequeña burguesía intelectual. Al principio, esas condiciones estaban dadas, y eran independientes de la voluntad de los militantes revolucionarios. Eran la consecuencia objetiva de una época de retroceso del movimiento obrero, de desmoralización debida a las sucesivas traiciones de la II y luego de la III Internacionales. Pero no eran por lo tanto menos grandes de peligro de adaptación del movimiento revolucionario a esa pequeña burguesía intelectual.

Trotski había muy bien visto este peligro. Basta para convencerte con leer de nuevo *«De un rasguño al peligro de gangrena»*, donde recuerda que en varias ocasiones pidió a los dirigentes del SWP norteamericano, que orientaran la actividad de sus numerosas reclutas de origen intelectual hacia la clase obrera, incluso si tiene que excluir de las filas de la organización a todos aquellos que se revelarían incapaces de ganar a ella trabajadores.

Pero muy lejos de darse tales pretilles, la mayoría del movimiento trotskista hizo de la pobreza virtud, privilegiando la actividad en los círculos donde reclutaba más fácilmente, en la pequeña burguesía intelectual, en la socialdemocracia de izquierda, círculos donde prosperan el amatorismo y el dilettantismo.

La consecuencia política de esto fue, después de la muerte de Leon Trotski, la incapacidad de la inmensa mayoría de las organizaciones trotskistas de hacer frente a la situación causada por la segunda guerra mundial y por la ocupación de la casi totalidad de Europa por los ejércitos de la Alemania nazi, incapacidad que se tradujo por numerosas desviaciones nacionalistas, por una alineación generalizada con respecto a la «Resistencia» y los partidos

obreros tradicionales. En realidad, en tanto que dirección política internacional, la Cuarta Internacional no sobrevivió a su fundador.

Nuestra tendencia nació de la voluntad de algunos militantes de reaccionar contra las costumbres organizacionales del movimiento trotskista francés, y de orientarse hacia el reclutamiento y la formación de militantes revolucionarios (de origen obrera como de origen intelectual pequeño-burguesa), que habrían roto moralmente todo vínculo con la pequeña burguesía, y que tendrían como principal preocupación el vincularse con la clase obrera.

Tal opción implicaba obligatoriamente la existencia independiente, en tanto que organización, de los que deseaban entablar este trabajo, ya que resultaba querer formar militantes fuera del círculo que constituyan las demás organizaciones trotskistas y sus costumbres.

Y esta opción desembocaba también sobre prácticas políticas diferentes, no solamente en cuanto a la selección de los militantes, en cuanto a la lucha contra la palabrería y el amatorismo, sino también en la manera de dirigirse a la clase obrera.

La mayoría de las organizaciones trotskistas, en su adaptación a los aparatos reformistas, sólo conciben la actividad política como dirigida hacia los militantes de las organizaciones tradicionales de la clase obrera, para intentar hacer presión sobre esos aparatos.

Para nosotros, al contrario, la prioridad absoluta que hemos dado al trabajo de implantación en la clase obrera, nuestra voluntad de formar militantes al tanto de los problemas y de las preocupaciones de los trabajadores, su manera de ver las cosas, y capaces de dirigirse a ellos, implica que en toda nuestra actividad nos dirijiéramos a la clase

obrera entera, a los trabajadores inorganizados, a los que no tienen confianza en las organizaciones tradicionales, como a los que militan en ellas.

Esta voluntad de dirigirse a la totalidad de la clase obrera no significa que atribuyamos menos importancia que los militantes de las demás organizaciones trotskistas a ganar a las ideas revolucionarias los trabajadores influenciados por el Partido Comunista o el Partido Socialista. Pensamos también que no habrá en este país un partido obrero revolucionario digno de este nombre, mientras una fracción importante de los militantes organizados hoy en día en los partidos tradicionales de la clase obrera no haya roto sus relaciones con el reformismo para adherir a una política revolucionaria.

Pero es en la manera de influenciar a estos militantes donde estamos en desacuerdo con el resto de la extrema izquierda. Pensamos que no basta con dirigirse a ellos para discutir de la política de las organizaciones a las cuales confían (lo que, en la práctica diaria de la mayoría de los grupos trotskistas, que se adaptan al punto de vista e incluso a los prejuicios de estos militantes, equivale a erigirse en consejeros de izquierda de las organizaciones reformistas, es decir a ponerse al remolque de éstas). Pensamos que también es necesario tratar mostrar a los militantes del PC y del PS la rectitud de las ideas revolucionarias, mostrándoles en los hechos que estas ideas pueden tener una audiencia en la clase obrera ; entrando abiertamente en competencia acerca de la totalidad de los trabajadores con las organizaciones reformistas en todos los terrenos posibles (con arreglo a las fuerzas de los revolucionarios) : la agitación

diaria, las luchas reivindicativas, el terreno electoral, etc.

La opción de dirigirnos prioritariamente a la totalidad de la clase obrera determina prácticas militantes diarias totalmente diferentes de las de las demás organizaciones de extrema izquierda que militan especialmente en dirección de las grandes centrales sindicales y de los partidos reformistas.

A los jóvenes intelectuales que vienen a nosotros, pedimos no solamente el ser capaces de influir y reclutar en su propio medio, pero también liarse a un trabajo de empresa, aprender a conocer a la clase obrera y a dirigirse a ella, adquirir la competencia necesaria para poder ganar trabajadores, organizarlos, y darles las posibilidades de expresarse en su fábrica.

Nuestro grupo publica además la prensa de fábrica más importante y más puntual — y encabezando de lejos a toda la extrema izquierda, después de haber sido el único durante años en desarrollar esta actividad. Y acordamos tanta importancia a esta prensa, que se dirige a todos los trabajadores, sólo si estamos convencidos de que los revolucionarios deben militar en los sindicatos reformistas, sólo si estamos dispuestos a obrar con astucia, a disimular, frente a los burócratas de toda especie que desearían excluirnos de aquéllos, nos negamos renunciar a publicar hojas de fábrica, sabiendo muy bien que esto no facilita nuestra actividad sindical.

La crítica que los burócratas menos toleran, nos es en efecto aquella que se pronuncia en pequeño comité, al interior del sindicato. Es la que es pública, y que se dirige a todos los trabajadores. Pero pensamos que a lo máximo, y si no se nos deja otro recurso, más vale poder dirigirse a todos los trabajadores en

tanto que revolucionario, que en tanto que militante sindical al uno por ciento de ellos (exagerando aún la proporción de los trabajadores que las organizaciones sindicales organizan verdaderamente, que se reunen puntualmente, que participan a una verdadera vida sindical).

No olvidamos, en efecto, que antes de ser sindicalistas somos revolucionarios, para quienes la actividad sindical es una posibilidad de acción extremadamente importante, pero no un fin en sí.

Especialmente, la adhesión de militantes revolucionarios a tal o cual sindicato no debe impedirles, cuando tienen la posibilidad de desempeñar un papel dirigente en una huelga, luchar para la instauración de un comité de huelga democraticamente elegido, representativo de la totalidad de los trabajadores en lucha, sindicados o no sindicados, cualesquieran que sean las reacciones que aquello pueda ocasionar por parte de las burocracias sindicales. Porque, claro está, si la existencia del comité de huelga no perjudica en nada, muy al contrario, los intereses del sindicato en tanto que instrumento de defensa de los trabajadores, se opone a los burócratas.

En todos estos aspectos, nuestra práctica diaria está al opuesto de la de las demás corrientes del movimiento trotskista. Éstas han renunciado generalmente a una expresión política propia en las fábricas, o publican únicamente una prensa que abraza generalidades políticas, susceptibles de no molestar en nada el aparato sindical del cual dependen sus militantes. En el desarrollo de las luchas obreras, cuando surge un comité de huelga representativo de todos los trabajadores en lucha, y combatido por los aparatos sindicales, las mismas organizaciones se sitúan demasiadas veces en los

hechos del lado de estos aparatos, acusando o minimizando el papel que desarrolla el comité de huelga, al querer subordinarlo a las organizaciones sindicales.

Ahora bien, entre estas dos políticas fundamentales, la una que consiste en orientar lo esencial de las fuerzas de su organización hacia su implantación en la clase obrera, o la otra que consiste en tratar desarrollarse en los sectores en donde se piensa obtener el mayor eco ; la una que consiste en dirigirse en permanencia a toda la clase obrera, y la otra que consiste en realidad en dirigirse únicamente a los militantes de los aparatos reformistas ; no hay solución mediana posible. O es la una, o es la otra la que se aplica. Y como pensamos, nosotros, que es vital para el porvenir del movimiento revolucionario que exista una organización que lleve a cabo la política que preconizamos, consideramos que nuestra autonomía organizacional nos es absolutamente indispensable.

La reunión de todos los militantes que se reclaman del trotskismo, y sinceramente deseosos de obrar por la emancipación de la clase obrera, en el seno de una misma organización democraticamente centralizada, sólo podrá efectuarse cuando los hechos hayan zanjado claramente a favor de una política, contra otra. Únicamente cuando una de estas políticas habrá logrado éxitos suficientes, no solamente para fortalecer sus partidarios, sino también para convencer a sus adversarios.

Sin embargo, la verificación por los hechos puede demorar aún bastante tiempo. En verdad, el balance que podemos desde ahora trazar de la actividad de cada uno, es significativo. La perpetua búsqueda de atajos para la construcción del partido obrero revolucionario, que

caracteriza las demás tendencias trotskistas francesas, no ha dado resultado. Y nuestra organización, que comenzó menos bien que la sección francesa del Secretariado Internacional a finales de la guerra, y que además no ha disfrutado de la ayuda de una organización internacional, es mucho más presente en la clase obrera, y ha dirigido más luchas, ha hecho más por dar a conocer en el país el movimiento trotskista como una fuerza política, débil sin duda pero no despreciable, que ninguna otra tendencia trotskista francesa. Pero en el terreno de los balances políticos, las presiones sociales a menudo falsean la apreciación de las cosas. Y sin duda serán necesarios otros éxitos, más numerosos, más visibles, (lo que no sólo depende de nosotros, sino también de la situación política y social, de la amplitud de la combatividad obrera, del margen de maniobra y de la política de las organizaciones reformistas, todo lo que determina las posibilidades de intervención de los revolucionarios en las luchas) para conducir a estos camaradas a que revisen sus concepciones.

Sea lo que sea, la única actitud posible para las diferentes tendencias trotskistas, es llevar a cabo cada una su experiencia en este terreno, adoptando siempre, las unas con respecto a las otras, el comportamiento más apto en minimizar todo lo que la división del movimiento puede tener como negativo : es decir la búsqueda de la máxima colaboración permanente compatible con nuestras divergencias.

NO PUEDE HABER CENTRALISMO DEMOCRÁTICO SIN CONFIANZA POLÍTICA

Es la razón por la cual la manera como los camaradas de la LCR por

una parte, y los del Secretariado Unificado por otra parte, plantean el problema de una eventual fusión entre LO y la LCR no nos parece poder desembocar sobre una colaboración más estrecha entre nuestras tendencias respectivas.

Estos camaradas nos dicen en sustancia : «En el programa trotskista, del cual os reclamáis, se proclama la necesidad de una organización internacional regida por las reglas del centralismo democrático. Esta organización existe, es el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional. ¿Cómo podéis considerar construir un partido marxista revolucionario fuera de la afiliación a la Internacional en donde está la mayoría de los trotskistas ?»

Efectivamente somos partidarios de una Internacional centralizada. Sin embargo, para nosotros, el centralismo democrático no es solamente una cuestión de estatutos. El centralismo democrático sólo puede concibirse en torno a una dirección que ha demostrado en los hechos su valor, y que así ha ganado la confianza política de toda la organización (incluso de las tendencias que estarían en desacuerdo sobre tal o cual punto). Ahora bien, no hacemos confianza, en tanto que dirección política, a los camaradas del Secretariado Unificado, porque la adaptación de estos camaradas a las ideas, a las maneras de pensar de la pequeña burguesía intelectual, les ha conducido a lo largo de su historia a extravíos políticos graves, y especialmente a olvidar en los hechos que únicamente la clase obrera puede ser la fuerza motriz y directriz de la revolución socialista.

En el transcurso de los últimos treinta años, los camaradas del Secretariado Unificado no pararon de buscar sustitutos a la actividad revolucionaria del proletariado. De esta

manera atribuyeron virtudes revolucionarias que solamente pueden pertenecer a la clase obrera al ejército soviético en las Democracias Populares, a la pequeña burguesía nacionalista en cierto número de países del tercer mundo.

El hecho que los dirigentes del Secretariado Unificado hayan visto así, a lo largo de los años, en el ejército soviético, en Tito, Mao o Ben Bella, agentes «objetivos» de la revolución socialista, no es una razón para afirmar que no son trotskistas. Representan una corriente del movimiento trotskista, una corriente oportunista por cierto, pero una corriente que reúne hoy a la mayoría de los militantes que se reclaman del trotskismo en el mundo.

Sin embargo, por otra parte, esta sucesión ininterrumpida de capitulaciones políticas ante fuerzas extranjeras al proletariado no constituye una patente que pueda asegurarles la confianza y la dirección de todo el movimiento trotskista. A nuestro parecer, de todas maneras, se han descalificado en tanto que dirección internacional. Estamos dispuestos a militar en la misma organización que ellos, pero de ninguna manera dispuestos a aceptar que sean ellos quienes nos dicten nuestra política y nuestras actividades.

Ahora bien, se trata de esto cuando estos camaradas nos proponen ir hacia una unificación con la Ligue Communiste Révolutionnaire en el marco del Secretariado Unificado tal como existe y funciona actualmente.

Si al menos el problema fuera el de la unificación con la LCR, para crear una organización totalmente dueña de su política y de sus actividades, quizás sería posible estimar que el hecho de renunciar a nuestra existencia autónoma para tratar ganar la mayoría de la organización a

nuestro parecer y a nuestra política, sería una alternativa valable. Pero tal como plantean el problema, los camaradas de la LCR y del SU nos piden pura y simplemente que aceptemos someter nuestra política a una dirección internacional en la cual no tenemos ninguna confianza política, y sobre la cual no tendremos una posibilidad verdadera de influir.

En efecto, aunque ganásemos la mayoría en la organización francesa, a escala internacional nuestra voz sería cubierta por las decenas de secciones de las cuales el SU se reivindica... incluso si la mayoría no representa nada.

Por nuestra parte, todos los discursos de los camaradas del Secretariado Unificado sobre el hecho que representan la mayoría del movimiento trotskista mundial no nos impresionan de ninguna manera, porque estamos convencidos que mejor vale ser pocos en llevar una política justa que a penas menos potos en llevar juntos una política errónea.

El único problema, es el de saber como obrar en la construcción de una verdadera internacional, capaz de desempeñar un papel dirigente en las luchas de la clase obrera. Y estamos convencidos que la primera cosa necesaria a eso, es trabajar para formar militantes que hayan roto totalmente con las preocupaciones materiales como con las modas intelectuales de la pequeña burguesía, intimamente persuadidos que la única clase sobre la cual pueden apoyarse revolucionarios socialistas es la clase obrera, y que la única revolución socialista posible es la revolución proletaria.

Esta preocupación, para nosotros, tiene prelación sobre todo. Y por eso es porque sólo podríamos adherir a una organización internacional como el Secretariado Unifi-

cado, si éste prometiera no imponernos «democraticamente» una política susceptible de impedirnos llevar nuestra propia actividad, es decir, si aceptara la existencia en Francia de dos secciones diferentes, o por lo menos dos fracciones autónomas de una misma sección.

PRECEDENTES INQUIETANTES

En este aspecto, no podemos olvidar por ejemplo, que el seguidismo de la corriente que representa hoy el Secretariado Unificado con respecto a las organizaciones estalinistas y socialdemócratas, le condujo durante todo un período a preconizar la política que sus inventores calificaron «de entrismo sui generis» en el seno del Partido Comunista y del Partido Socialista y a imponer esta política a aquellos que no la deseaban.

De 1953 a 1968, la mayoría de las secciones del Secretariado Unificado fueron reducidas a una oficina que publicaba una revista trotskista, mientras que sus militantes habían desaparecido en el seno del PC y del PS. En 1965, Pierre Frank resumía así la política de la sección francesa del SU: «... hemos sacado la conclusión que la formación de una dirección de izquierda que conduzca a la creación de un nuevo partido revolucionario empezará por la formación, en función de grandes acontecimientos, de corrientes de izquierda en el seno del PCF, de corrientes que bajo la presión de las circunstancias, estarán inducidos a buscar un programa revolucionario». Y en el mismo folleto (*Construir el Partido Revolucionario*), Frank presenta el nacimiento de las Juventudes Comunistas Revolucionarias (fruto de un trabajo «entrista» en el seno de la Unión de los Estudiantes Comunistas) como «experiencia de labora-

torio», justificando la continuación del entrismo en el seno del PCF, y la inversión de lo «esencial» de las fuerzas de la sección francesa en esta actividad.

El nacimiento de la Liga Comunista, en 1969, notificará en los hechos el abandono de esta línea. Pero hará falta aún esperar un año para ver el Secretariado Unificado poner oficialmente un término a esta política, sin además verdaderamente criticarla, y olvidando totalmente que al principio no se la había presentado como una sencilla táctica, sino como la necesidad para los revolucionarios de estar presentes en las organizaciones reformistas, porque es a través de ellas que pasarían las futuras ascensiones revolucionarias.

Se necesitaron 17 años para que el SU abandone oficialmente la política de «entrismo sui generis». Pero en nombre de esta política, y en nombre del centralismo democrático, de la disciplina, se excluyó de su seno a todas las tendencias que se oponían por una razón u otra a esta nueva capitulación ante el estalinismo y el reformismo, empezando por la mayoría de la sección francesa que más tarde iba ser la OCI.

Es en nombre de la misma concepción del centralismo democrático y de la disciplina que, en 1969, el congreso del Secretariado Unificado rebajó al nivel de «organización simpatizante» a la tendencia de su sección argentina que se oponía a la política de guerrilla (el actual PST) y reconoció como única sección una organización que ni siquiera era una organización trotskista (como el porvenir debía mostrarlo) pero que adhería a la convicción de la mayoría de entonces del SU que era necesario orientarse hacia la lucha de guerrilla en toda Latinoamérica.

Entonces, quizás todo esto releve de la historia pasada, y no nos incumbe de todas maneras a nosotros arbitrar las relaciones entre el Secretariado Unificado y la OCI, o entre el Secretariado Unificado y el PST argentino. Sin embargo estos hechos ilustran las prácticas del Secretariado Unificado, y la razón por la cual no podemos aceptar la posición de éste que de una manera u otra, vuelve a ser siempre la misma cosa : «entren primero, y ya podrán discutir luego al interior para hacer prevalecer vuestro punto de vista».

Queremos nosotros, poder seguir llevando a cabo nuestra propia actividad. Queremos poder seguir expresándonos públicamente sobre todos estos problemas y no solamente en el seno del Secretariado Unificado durante los períodos reservados a la preparación de los congresos. Entonces, no se trata que aceptemos entrar en el seno de una organización internacional que no nos garantizaría nuestra autonomía organizacional y nuestro derecho a la expresión permanente.

EL SECRETARIADO UNIFICADO, ¿ PARA QUÉ ?

Una de las principales funciones de una dirección internacional debería ser impulsar la creación de organizaciones trotskistas en todos los países, obrar de tal manera que exista en todas partes aunque sólo fueran núcleos de militantes que defiendan el programa de la revolución socialista, y la idea de la necesidad de la independencia política de la clase obrera. Los camaradas del Secretariado Unificado afirman fácilmente que la pertenencia a su organización permite participar a esta lucha política. Pero desgraciadamente, la historia del Secretariado

Unificado y de su política invalidan esta pretención ya que su alineación trás las organizaciones nacionalistas pequeño-burguesas le condujo a renunciar explicitamente o implicitamente a esta tarea, cada vez que el problema se planteaba en términos cruciales, cada vez que las masas estaban en movimiento.

Tomemos por ejemplo el caso de Argelia. Se podía leer en el número de *Inprecor* (la revista del SU) del 16 de noviembre de 1978, un artículo que criticaba muy justamente la política «*dé autodisolución de los estalinistas en el partido único*», de la cual el autor afirmaba que «*la independencia de clase del proletariado, que implica la existencia de organizaciones comunistas, es una condición indispensable para resolver la crisis de la sociedad argelina a favor de las masas populares*». Y algunas semanas más tarde, el 1 de febrero de 1979, *Inprecor* publicaba con motivo de la muerte de Bumedién, una declaración del Grupo Comunista Revolucionario, «*Por una Asamblea constituyente*», anunciando de esta manera a los lectores de *Inprecor* el nacimiento de un grupo revolucionario argelino ligado al Secretariado Unificado.

Sin embargo, ¿cuál fue la política del Secretariado Unificado (y de su predecesor el Secretariado Internacional) en la época cuando las masas argelinas estaban movilizadas contra el imperialismo francés? Pues bien, no solamente en ningún momento plantea, durante la guerra de Argelia, el problema de la construcción de una organización proletaria independiente, sino además presenta el FLN como la única dirección revolucionaria posible. Y esta orientación duró años aún después del fin de la guerra de Argelia.

Y es así como en julio de 1962, en un editorial intitulado «*Saludo a*

la Argelia independiente», la revista *Cuarta Internacional* planteaba en estos términos hechizantes el problema del partido revolucionario en Argelia : «*El FLN se transformará en partido político, tendrá un programa de orientación socialista claro (...) y se establecerá como partido político de vanguardia, democrático y revolucionario (...). Tales, por lo menos, son las aspiraciones de la izquierda, conscientemente expresadas en términos políticos y que representan la inmensa mayoría de la base revolucionaria del FLN*».

Nueve meses después, mientras que las condiciones en las cuales el equipo Ben Bella —Bumedién se ha instalado en el poder, muestran bastante que los dirigentes del FLN, cualesquieran que sean, no solamente no tienen nada de revolucionarios socialistas, sino además temen ante todo la movilización autónoma de las masas, la misma revista *Cuarta Internacional* escribe, a propósito del decreto de disolución del Partido Comunista Argelino (que, al menos, «desaprueba») : «*La Cuarta Internacional está convencida que el FLN organizado de nuevo como partido verdadero con una base de masa y una estructura centralista democrática (...) estará en condición de desempeñar un papel decisivo en el transe actual de la Revolución, y la tarea de los revolucionarios argelinos consiste en obrar en este marco organizacional con tal perspectiva*».

Así pues, la única perspectiva que el Secretariado Unificado propone a los revolucionarios argelinos que se habrían dirigido a él, durante toda la guerra de Argelia y en los años que siguieron inmediatamente, no consistía en obrar a la construcción de una organización proletaria, sino en trabajar para fortalecer la pretendida «izquierda» del FLN.

Entonces, hoy, los representantes del Secretariado Unificado en Argelia pasan por poco serios al denunciar «*la autodisolución de los estalinistas*» en el FLN, cuando en 1964 les reprochaban el no comprender que su puesto estaba en el seno de aquél, como también pasan por poco serios al deploar, a propósito de la participación masiva de los trabajadores a los funerales de Bumedién, que esto «*muestra la importancia de la tarea de los revolucionarios*», cuando no hicieron nada, muy al contrario, antes de la llegada de Bumedién al poder, para aclarar a los trabajadores argelinos de los intereses que Bumedién representaba.

Y el caso de Argelia no ha sido un accidente aislado. Cada vez que el Secretariado Unificado estuvo confrontado a un movimiento de masa dirigido por una organización nacionalista pequeño-burguesa (y no hubo desgraciadamente movimientos de masas que tuviera otro tipo de dirección desde hace tiempo) siempre renunció, sea teorizando abiertamente la cosa, sea pasando por alto el problema, plantear el problema de la construcción de una dirección proletaria. Porque no se puede al mismo tiempo esforzarse en aparecer como el portavoz de una lucha, acerca de las capas de la pequeña burguesía intelectual que vibran a su evocación, y contestar la dirección de ésta.

Es así como veinte años después de la toma del poder por Castro, uno de los dirigentes del SU, Maitán, escribe en el número del 7 de junio de *Inprecor*, después de haber afirmado que los revolucionarios cubanos tenían que poner en adelante un cierto número de derechos democráticos : «... *afirmar el derecho de organización (...)* no implica automáticamente estar en favor de la forma-

ción de un nuevo partido comunista».

Así, en los hechos, sino afirmado de manera tan cruda, ¡para los dirigentes del Secretariado Unificado, la construcción de secciones de la Cuarta Internacional sólo se plantea verdaderamente en los países donde no existe movimiento de masa dirigido por una organización nacionalista burguesa, o en los países donde los trabajadores no tienen el placer de vivir bajo la autoridad de lo que los dirigentes del SU llaman un Estado «obrero deformado» !

Y entendámonos bien. No reprochamos a estos camaradas el no haber logrado construir organizaciones revolucionarias proletarias y auténticamente comunistas en varios países donde eso a lo mejor habría podido cambiar el curso de los acontecimientos. Quizás no tenían la fuerza para eso (aunque esto debiera incitarles a más modestía, en cuanto a sus pretensiones de ser la Cuarta Internacional), y las circunstancias objetivas quizás no eran favorables en todas partes. Sin embargo lo que les reprochamos es, prácticamente cada vez que se planteó el problema con una especial acuidad porque las masas se movilizaban, el haber renunciado en realidad a esta tarea, cuando no declaraban abiertamente su inutilidad.

Eso es tanto como decir que en este plan, el Secretariado Unificado está lejos de haber probado su utilidad.

LA NECESARIA CONFRONTACION DE LAS IDEAS Y DE LAS EXPERIENCIAS A ESCALA INTERNACIONAL

Queda el otro aspecto sobre el cual, según los camaradas del Secretariado Unificado, su organización desempeña un papel indispensable : el de la necesaria confronta-

ción de las ideas y de las experiencias a escala internacional.

También estamos convencidos que no se puede construir una organización revolucionaria en un país dado dejando para más tarde toda preocupación internacional. La elaboración política no puede hacerse limitándose al marco nacional. Una organización revolucionaria necesita una conciencia clara del desarrollo de la lucha de clases al nivel internacional. Por eso es porque ésta necesita a la vez aprovechar de la experiencia de los revolucionarios que militan en todas partes del mundo y también someter su política a la crítica de estos revolucionarios.

Es la razón por la cual no pensamos que sea provechoso, siempre esperando que la prueba de los hechos haya zanjado entre las diferentes políticas que se enfrentan hoy, que cada tendencia se aisle de las demás. Pensamos al contrario que es del interés del movimiento trotskista entero, y por eso del deber de cada una de sus partes constituyentes, desarrollar al máximo las confrontaciones políticas fraternales y la colaboración, entre todos los que se reclaman del trotskismo.

Estamos dispuestos, y lo hemos probado una vez más durante las elecciones europeas, en aparecer en común con los camaradas de la LCR, cuando estamos de acuerdo con el contenido de una tarea. Ya nos hemos pronunciado, hace tiempo, en favor de una prensa común a nuestras dos organizaciones. Y estamos dispuestos por supuesto a colaborar de la misma manera con el Secretariado Unificado.

No es hecho nuestro el haber estado cortados tanto tiempo de toda relación internacional con el resto del movimiento trotskista. Es del hecho del Secretariado Unificado (y de su predecesor el Secretariado

Internacional) que siempre se negó en el pasado a otra relación posible que la que consiste en decir : «Entren primero, discutiréis al interior».

Por supuesto no pedimos a las organizaciones que constituyen el Secretariado Unificado que usen de relaciones entre sí, otras que las que entretienen. Si piensan que el Secretariado Unificado constituye una dirección internacional valable, si le reconocen la autoridad de intervenir en su actividad, en su política, es por supuesto su derecho. Pero les decimos que en el interés del movimiento trotskista como en su propio interés, cometerían un error negándose a otro tipo de relaciones, a otro nivel, que no incluiría la sumisión a una disciplina internacional con las demás corrientes del movimiento trotskista.

La autoproclamación y la autosatisfacción nunca hicieron adelantar las cosas. Los camaradas del Secretariado Unificado se equivocarían si pensaran que no tienen nada que ganar al confrontar sus ideas y sus experiencias a las de las corrientes trotskistas que se han desarrollado al exterior de su agrupación internacional, una agrupación que además despliega más pretensiones en funcionar como una organización democráticamente centralizada que en realidad lo hace, por falta de una dirección verdaderamente reconocida por todas sus constituyentes.

En cuanto a nosotros, y cualquiera que sea el porvenir de nuestras relaciones con la Ligue Communiste Révolutionnaire por una parte, y con el Secretariado Unificado por otra, continuaremos al mismo tiempo que trabajamos para fortalecer nuestra organización en Francia, y la corriente a la cual pertenecemos a escala internacional, en poner todo en obra para reducir al máximo las

ranks, and by developing as much as possible the fraternal collaboration between the different tendencies of the Trotskyist movement.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE :	France	FF 5
	Spain	ptas 80
	USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : *Ordinary* : FF 50 *Closedmail* : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :	<i>Ordinary</i> : FF 60 <i>Closedmail</i> : FF 120
-By air :	<i>Ordinary</i> : FF 60
	Europe, French speaking Africa, Guadeloupe, Reunion, Guyane, North-Africa FF 60
	French Polynesia, New Caledonia, Madagascar FF 70
	All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :
Apply to us to have the tariffs.